

El cocinero y el
nuevo festín de los
últimos tiempos

NOTAS

El cocinero y el nuevo festín de los últimos tiempos

SERGIO VERGARA ALARCON*

“No va a tener el mismo Derecho civil el pueblo bebedor de tinto y comedor de asados que el cervecero y sopista”.

A. CUNQUEIRO

Dentro de las operaciones básicas de autoconservación, la ingestión se nos aparece como una de las fundamentales. El proceso de ingestión –se entiende, de lo cocido– es asimilable en el plano mítico a una operación “cultural”, de tal manera que el proceso inverso, es decir, el vómito, corresponde a una regresión a la naturaleza, concurre como “devolución” centrífuga “hacia afuera”.

Hoy están en todas partes: los cocineros. Existe en la actualidad un ejercicio social de la gula (distribuido en el *mercado de imágenes*) que recuerda la imaginería barroca de un Bruegel, por ejemplo y que nos sitúan en lo que alguien denominaba la “cámara olfativa” y “gustativa”. Se trata de compulsiones derlutivas, de satisfacción de un deseo “primario” y del que se hace un alarde “a todas luces”, ostentoso. Es, entonces, la búsqueda de un “estado de lleno” como compensatorio del vacío imperante y el sujeto se

* SERGIO VERGARA A.: Profesor de los Departamentos de Filosofía y de Español de la Universidad de Concepción. Autor de *Vanguardia literaria. Ruptura y restauración en los años 30*.

retrotrae a un estadio anterior (fase oral), el del tragar y se busca el placer de los sentidos, especialmente de los gustativos. En estos días no se “devuelve”, sino que se opera una pura ingesta que pretende vincular al sujeto con “lo social” (Lévi-Strauss). La glotonería nos hace perder el lenguaje, puesto que no se “elimina” y se acumula en una economía sin reciclaje. El niño glotón



de un mito Bororo pierde el habla porque no consigue vomitar los frutos quemantes que ha tragado, con ello se privilegia los órganos “superiores” (la boca) que hace gala de este engullir y se reprimen los órganos “inferiores” (el ano, el otro orificio). Creo que esto último es vocación de la cultura chilena: la institución de la cháchara y la macanudez (puramente ficcional, claro) y la carencia de estrategias “purgativas”.

Así, la comida nos quiere afirmar en la cultura; banqueteadando, nos afirmamos en lo gregario mismo.

Como se puede sospechar, los símbolos más arraigados de la comunicación en Occidente son el Banquete platónico y la Última cena, escenas que se recrean (en el diálogo y en la eucaristía) como formas “hacia el otro” (Paz, *Corriente alterna*). Asistimos a una gran disposición heliogabálica que se manifiesta en todos los órdenes de la cultura: el perfume, el cocinero, su mujer, etc., delikatessen, como agua para chocolate, la fiesta de Babet, sal y pimienta, cocinando el mundial, etc. El libro del mundo se hace menú y adviene en primer plano la cultura de las recetas (allí donde las externas –fuera de la cocina– están en proceso, no estructuradas aún o simplemente ausentes). Todo esto también, cómo si no, muy pantagruélico y que paradójicamente corre paralelo a los sacrificios del “hombre light”. Quizá el sujeto de hoy sea diabético, sirrótico, goloso y devenga en lo que Deleuze llama la “máquina apetente”, constituida por flujos seriales: máquina ano - máquina intestino, máquina intestino - máquina estómago, máquina estómago - máquina boca.

En las maneras de mesa se pueden sospechar los más intensos deseos, todas las operaciones están allí: cortar, separar, distinguir, dividir, seleccio-

nar, decorar, combinar, diseccionar, limpiar, agregar, penetrar, etc. Es en esta línea que Alvaro Cunqueiro puede declarar que “ha sido en la cocina donde el hombre –el civilizado, el que viene de Platón hasta Proust (...), el que construyó las catedrales, fundó las universidades, hizo las Cruzadas e inventó el soneto– puso más imaginación, mucha más que en el amor, o que en la guerra” (*La cocina cristiana de Occidente*).

A propósito de esta advocación a la ingestión se pueden ensayar analogías en otras áreas, por ejemplo, en la cibernética, que ya no sorprende a nadie: las máquinas automáticas –como metáforas orgánicas– “tragan” tarjetas, los computadores y disquetes se “descomponen” y portan “virus”, se habla del “menú” de los aparatos y de “almacenes” de datos. Aún más, también en el plano bélico: hay “guerra de las uvas”, decomiso y quema de mariscos y entonces los alimentos terrestres manifiestan su descomposición. La violencia puede ser, en consecuencia, coquinaria y vinícola.

La gran comilona que ostenta nuestra sociedad al pretender estar “harto” significa una apología de la abundancia “puesta en bandeja” en una época de ruina y neoconservadurismo. Desde la cocina, lugar privado y lleno de





“secretos”, donde se detentan saberes y habilidades varias, se sale goloso como patricio en tiempos de decadencia, según la divisa “comer y beber que mañana no sabemos”, muy barroco todo, como se insinuó arriba, como en el país de Jauja. Todo, también se dijo, no más que compensatorio hasta hartarse y se sigue pensando que éste es “el mejor de los mundos posibles”, donde manteniendo la boca ocupada, suspendemos y ponemos entre paréntesis los juicios y, por ende, el lenguaje. Por lo demás, y como la crítica parece que ya no se usa, hay que mantener la boca “cerrada” (“no se habla con la boca llena”).

Veamos lo que dice Pierre Klossowsky: ya que al principio fue la traición, la carne sólo obedece “a una boca para las solicitudes de la gula”, de allí que Deleuze hable de la “máquina ingestiva” que implica un deseo (necesidad) de un objeto que está afuera (dentro, en otra parte), pero que no es “real”, por ello el sujeto debe desdoblar el deseo y crear el fantasma que ahora es pura imagen. Y ahora Braudillard, quien se suma a este diagnóstico de una económica de los “apetitos” cuando define al esquizo, quien no puede funcionar como espejo, él se (des)articula sólo como *pantalla* que opera en la forma de una “central de comandos” de todos los impulsos posibles.

Todo esto tiene su cumplimiento en la *imagen* que insiste es dar la impresión de totalidad, síntesis, estandarización; pero uno no deja de sentir, atestiguable en la despiadada verdad histórica, que lo que hay en otro nivel es descomposición, separación, disección, análisis. Es como pensar analógicamente en cortes geográficos, cuyos trazos, gramas, se diseminan y donde una vez más, hay que repensar el concepto de territorialidad, se trata de fijar un *topoi* (utopías, al parecer ya no) en un sintagma de un pequeño relato, aquí el de la cocina. Se trata en definitiva de “ingresar” para hiperexacerbar un cierto “estado satisfactorio”, como correlato también de una suerte de obsesividad del rendimiento: como lo ilustra Jean Baudrillard los procesos actuales serían los de la “potencialización”, consiste en esa manía de superllenar, colmar, “engordar” los signos para dar la sensación de totalidad, un holismo que evidentemente no se sustenta al hacer un catastro del estado de cosas del aquí y del ahora.

La gran comilona no es equitativa, no todos estamos invitados.

En verdad nunca lo han estado todos, pero hoy, en nombre de la hiperrepresentación, por lo menos asistimos a ella (vía *pantalla*) desde cualquier lugar en donde estemos, nos codeamos en el imposible banquete de la imposible universalidad. ¿Es éste nuestro “derecho civil”?